

ver si le amais con todo vuestro corazon y con toda vuestra alma. Este profeta ó soñador será castigado de muerte. » Anunciar un fenómeno natural, aunque efectivamente suceda, no es hacer un *milagro*. Aquí previene Moisés á los israelitas contra la estupidez de los idólatras, que adoraban á los astros, y tomaban los fenómenos del cielo por signos del favor de la cólera de sus pretendidas divinidades. *Deuter.*, iv, 19.

3º Es evidente que lo que se dice de los falsos profetas en el *L. III de los Reyes*, xxii, 22, es una expresion figurada y muy comun en el hebreo; el *espíritu engañador* no es un sugeto ó un demonio, sino el falso espíritu del mismo profeta. Cuando añade el escritor sagrado, que Dios introdujo este espíritu en la boca de los profetas de Achab, solamente quiere decir que Dios permitió que se engañasen y quisiesen engañar, y no lo impidió. Este es un hebraísmo que notaron todos los comentadores. *Glassius, Philolog. sacra*, col. 814 y 817, etc. Hemos citado ejemplos de este modo de hablar en el art. *HEBRAÍSMO*, n. 11. V. *PERMISION*.

4º El mismo sentido es el de *Ezeq.*, xiv, 9, donde se dice que Dios engañó á un falso profeta y que le castigará: ¿podría justamente castigar á un hombre á quien él mismo hubiese engañado? En el *cap. xiii, v. 3*, se lee: « Desgraciados de los profetas insensatos que siguen su *propio espíritu*, y nada ven. » Su propio espíritu no es pues el de Dios.

5º Las plagas que afligieron á Job, es verdad que fueron *milagros*; pero nada nos pone en la precision de atribuirlos á la inmediata operacion del demonio, mas bien que á la de Dios, ni á tomar literalmente lo que se dice de Satanás: el sentir de los PP. de la Iglesia y comentadores no es uniforme sobre este punto. Véase la *Sinópsis de los critic.*, Job, i, 6. Aun cuando se tomase literalmente, siempre se seguiria que el demonio no puede hacer una cosa contraria al curso ordinario de la naturaleza, sin permiso especial de Dios; y en aquella ocasion no habia ningun peligro de que los hombres fuesen engañados. El mismo Job dice expresamente que Dios le quitó los bienes, *Dominus dedit, Dominus abstulit. Cap. 21*. Luego no fué el demonio.

6º Jesucristo no dice que los falsos cristos harán *milagros*, sino que darán ó presentarán signos y grandes prodigios. Efectivamente se sabe que antes de la ruina de Jerusalem sucedieron fenómenos singulares en el cielo y en la tierra, los cuales refiere Josefo: los que se fingian cristos pudieron abusar de estos prodigios, y darlos como sig-

nos de su mision: este es un sentido confirmado por la historia. Véase la *Sinópsis, S. Mat.*, xxiv, 24. Además, Jesucristo no dice absolutamente que los elegidos ó los fieles serán engañados, sino que lo serian, *si fuese posible*, despues de haber sido prevenidos y avisados, como efectivamente los previene. Por eso añade: *Os anuncie lo que debe suceder*. Despues de un aviso semejante nadie podia ser engañado, sino los que querian serlo.

En el mismo sentido se debe entender lo que san Pablo dice del Antecristo, *Epist. 2ª á los Tesalon.*, ii, 3; ahora si se trata allí no obstante del Antecristo, y no de algunos de los falsos mesias que entonces aparecieron, ó del impostor Alejandro, que fué famoso en el siglo II, ó finalmente de alguno de los herejarcas que se preciaron de hacer *milagros*, los mas de los comentadores convienen en que no es fácil de explicar este pasaje de S. Pablo. V. *ANTECRISTO*.

7º Seria un absurdo suponer que un ángel del cielo puede venir á predicar un Evangelio falso; por consiguiente, lo que dice S. Pablo á los galatas solo significa, que si un falso apóstol viniese á predicar otro Evangelio distinto del que habia anunciado san Pablo, aun cuando pareciera ser un ángel del cielo, le dijese anatema. No se trata, pues, en este lugar de S. Pablo de la aparicion milagrosa de un ángel.

Es verdad que muchos PP. de la Iglesia estaban convencidos de que los mas de los *milagros* de que se precian los paganos fueron hechos por arte del demonio; pero otros, tan respetables como los anteriores, son de opinion de que estos *milagros* no fueron mas que prestigios, y obras de astucia. Véase *MAGIA*, § 2. Y aun cuando se pudiera probar lo contrario, nada se seguiria contra la verdad que sostenemos, á saber: que un hombre que se da por enviado de Dios, y hace *milagros* para confirmar su doctrina, puede y debe ser creído sin peligro de error; pero los *milagros* del paganismo no se hicieron para confirmar una doctrina.

No solamente hicimos ver que Moisés, Jesucristo y los apóstoles hicieron *milagros*, sino tambien que los hicieron con la intencion expresa de probar su divina mision y la doctrina que anunciaban; de donde inferimos que el mismo Dios autorizó esta mision y esta doctrina. Aun cuando Dios hubiera permitido que los demonios hiciesen *milagros* para contentar la curiosidad, ó para satisfacer las pasiones de sus adoradores, tampoco se seguiria que estos prodigios se hi-

cieran directamente para confirmar la religion de los paganos; el paganismo se habia establecido mucho antes que los impostores tratasen de hacer *milagros* para alimentar la supersticion de los paganos. V. *IDOLATRÍA*, *POLITEÍSMO*.

Jamás se probará que Dios esté obligado á separar del mundo todos los lazos y todos los medios de seduccion á que se entregaron voluntariamente los hombres; pero no podia sin menoscabo de su santidad conceder á los impostores ó fanáticos la potestad de interrumpir el curso de la naturaleza, para establecer una nueva religion falsa en lugar del paganismo.

No es creible, dicen tambien los deístas, que Dios hiciese *milagros* para una nacion mas bien que para otra; para los judios, y no para los egipcios ó los asirios; para los súbditos del imperio romano, y no para los indios ó los chinos. Puede sin *milagro* ilustrar y convertir á todos los pueblos, é intimarles la doctrina ó las leyes que juzgue á propósito.

Respuesta. Este argumento contiene casi tantos absurdos como palabras.

1º Es absolutamente falso que Dios no pueda conceder á una nacion, á una familia, ó á un hombre un beneficio del orden natural ó sobrenatural, sin concederle tambien á todos los pueblos ó á todos los hombres. Hicimos ver lo contrario en el artículo *DESIGUALDAD*.

2º Los deístas suponen siempre que Dios hizo *milagros* solo para los judios, y la Sagrada Escritura dice expresamente lo contrario. Hablando de las plagas de Egipto, dice Dios, que ejercerá sus juicios sobre este reino, para que los egipcios sepan que él es el Señor. *Exod.*, vii, 5. Advierte Moisés á los israelitas que Dios los hará mas ilustres que á las demás naciones que hizo para su alabanza, para su nombre y para su gloria. *Deut.*, xxvi, 19.

El autor del libro de la Sabiduría nos hace notar que Dios hubiera podido exterminar de un solo golpe á los egipcios y cananeos, y los castigó lentamente y con diversas plagas para dejarles tiempo de hacer penitencia y desarmar su cólera; concluye con las siguientes palabras: « Vos perdonais, Señor, á todos los pecadores, porque todos son de vos, y vos amais sus almas. *Sabid.*, xi y xii. Dijo Dios á los judios, que ejecutó lo que habia prometido hacer en su favor, no por sus méritos, sino porque su nombre no fuese blasfemado entre las naciones. *Ezeq.*, xx, 14 y 22. El Salmista pide á Dios que continúe sus

beneficios sobre su pueblo, y añade: « No por nosotros, Señor; sino dad gloria á vuestro nombre, por vuestra misericordia, y por vuestra fidelidad en cumplir vuestras promesas, para que las naciones no digan: ¿dónde está su Dios? » *Salm. cxiii*. El Señor dice, que libertará á su pueblo del cautiverio á la faz de los babilonios y de los caldeos, por su propia gloria, y por no ser blasfemado. *Isaias*, xlviii, 11. Declara que castigará á los sidonios por el mismo motivo, y para que sepan que él es el Señor. *Ezeq.*, xxviii, 22. Todos estos pasajes y otros muchos demuestran que Dios no perdió de vista la salvacion de los pueblos infieles, y que derramó sus gracias sobre todos. V. *INFIELES*.

3º Inferir de aquí que Dios debió suscitar en todos los pueblos del mundo un Moisés, concederles una revelacion, una legislacion, y una religion como á los judios, y por los mismos medios, seria una locura. ¿Sabemos nosotros lo que Dios hizo para cada pueblo en particular, y hasta qué punto resistieron todos á las lecciones que les dió, y á los auxilios que les ha concedido? Aun es mayor absurdo el decir que Jesucristo debia nacer, morir, resucitar y hacer *milagros* en las cuatro partes del mundo, lo mismo que en la Judea; que debia hacer lo mismo en cada ciudad del universo que lo que hizo en Jerusalem. Lo que hizo en esta region debia servir para la conversion de todo el universo, y envió á sus apóstoles á predicar á todas las naciones. Nada sirve decir que los *milagros* que eran una prueba extraordinaria para los testigos oculares no lo eran para los pueblos lejanos, y mucho menos para nosotros que vivimos diez y ocho siglos despues de todos estos hechos. Un hecho que existió una vez, siempre se verifica el haber existido, y una vez probado, lo está ya para todos los siglos y para todos los hombres que estén en su sano juicio.

4º Es falso que pueda Dios convertir á todos los pueblos *sin milagros*; ya hemos desafiado á los incrédulos á que designasen un medio que no sea milagroso. Cambiar en un momento las ideas, las preocupaciones, los hábitos, la creencia y las costumbres de todas las naciones, sin ningun signo exterior y maravilloso que las mueva y les inspire nuevas reflexiones, ¿es acaso un fenómeno conforme al curso ordinario de la naturaleza? Dicen que Dios puede dar á todos los hombres una gracia interior y eficaz que los convierta enteramente á todos. Pero esta gracia universal y uniforme, que obrase de la misma manera sobre todos, y produjese el mismo efecto, no solo seria un *milagro* inaudito, sino

tambien un *milagro* absurdo, porque conduciría todos los hombres como por instinto; destruiría toda su libertad; y el efecto que se siguiese parecería á un entusiasmo universal, de que no se vería la causa ni los motivos. ¿Es este el modo con que Dios debe gobernar el género humano? Los deístas refutan los *milagros* sabios para recurrir á unos *milagros* insensatos é indignos de la sabiduría de Dios.

Pero se pregunta: ¿qué prueban los *milagros*? Demuestran desde luego una Providencia, no solo general, sino tambien particular; y una vez probado este dogma, se siguen de él todas las demás verdades que llamamos religion natural. Como los hombres distraídos con otros objetos reflexionan muy poco sobre los prodigios diarios de la naturaleza, es necesario alguna vez que Dios llame su atencion, y los asombre con acontecimientos contrarios al curso ordinario de la naturaleza: esta es una reflexion de S. Agustin, *Tract.* 8, *in Joann.*, núm. 1º; *Tract.* 24, núm. 1º; *de Civit. Dei*, l. 10, c. 12. Fuera de esto, el orden comun de la naturaleza, lejos de iluminar á los hombres, fué la ocasion de sus errores; porque miraron sus diferentes fenómenos como obra de otros tantos dioses: por lo mismo era necesario desengañarlos con *milagros* hechos en nombre de un solo Dios, Criador y Soberano Arbitro de la naturaleza. El ejemplo de Faraon y de los egipcios, de Rahab, de Nabucodonosor, de Achior, jefe de los ammonitas, de Naaman, etc., prueba la eficacia de este medio; y por mas que digan los deístas, es mucho mas eficaz que la contemplacion de la naturaleza.

En segundo lugar, los *milagros* prueban la revelacion, la verdad de la doctrina que predicaban los que los hacen con este fin, como ya hemos demostrado. Si los *milagros* nada probasen, los incrédulos no se esforzarian tanto para hacer que se dude de ellos.

IV. ¿Hubo efectivamente *milagros*? Si esto es indudable, están resueltas todas las demás cuestiones; se sigue que los *milagros* no son imposibles, inútiles, ni indignos de Dios; que prueban algo, y pueden ser probados; pues bien, todo el que no sea ateo ó materialista, ó pirrónico, está en la necesidad de admitirlos.

Los mismos ateos convienen en que la creacion es el mayor de los *milagros*; y que todo el que admite este, no puede dejar de admitir la posibilidad de los demás: á no ser que se sostenga la eternidad de la raza de los hombres, es preciso confesar que el primer individuo del género humano no pudo principiar á existir sino por *milagro*. El diluvio

universal se prueba por la inspeccion de todo el globo, y es indudablemente otro *milagro*. Todas las hipótesis inventadas por los filósofos para combatir su realidad, ó para explicarlo como una cosa natural, son tan frívolas como infundadas.

En los artículos JESUCRISTO, APÓSTOLES, MOISÉS, probamos la verdad de los *milagros* que hicieron.

* [Duvoisin, obispo de Nántes, en la *Demostracion Evangélica* (Milagros de Jesucristo), habla así de los *milagros* del Salvador:

« Para juzgar del grado de confianza que merece la historia de los de Jesucristo, es preciso examinar atentamente la naturaleza de estos *milagros*, las circunstancias en que se obraron, el número y carácter de los testigos que los refieren, la impresion que hicieron sobre los espectadores, en fin, la opinion que de ellos forman los mismos que rehusan reconocer su autoridad.

» I. Yo observo en los *milagros* de Jesucristo dos caracteres principales, su importancia y su publicidad.

» Considerados ya en sí mismos, ya en sus consecuencias, son unos hechos de la mas alta importancia. Por sí mismos presentan el espectáculo mas magnífico, mas extraordinario que se haya visto jamás.

» Juan Bautista, nacido en medio de los prodigios, anuncia el nacimiento aun mas maravilloso de Jesus. Los ángeles le revelan á unos pastores y le celebran con sus conciertos. Del centro del Oriente unos sabios, conducidos por un meteoro brillante, vienen á prosternarse delante de su cuna. Él es presentado en el templo; un anciano venerable y una santa profetisa reconocen en este niño al Mesías esperado despues de tantos siglos y anuncian sus altos destinos. A la edad de doce años se sienta en medio de los doctores, y los confunde por la sabiduría y profundidad de sus discursos. Aparece Juan Bautista, todas las miradas se vuelven hacia él; se cree que es el Mesías, mas él no se reserva sino la gloria de darle á conocer. A su testimonio se une una voz del cielo, que proclama á Jesus Hijo de Dios. Jesus sale de su retiro, y por espacio de tres años cada dia de su ministerio público es señalado con algunos prodigios. Se le ve marchar sobre las olas y mandar á la tempestad; con algunos panes y algunos pequeños peces sacia á las turbas enteras; con una sola palabra, con un simple signo cura á los endemoniados, los ciegos, los leprosos, los paralíticos; á su voz los muertos salen del sepulcro. Llega la hora

de su muerte, cuyas circunstancias todas habia predicho, y para hacer ver que le es plenamente voluntaria, hace caer á sus piés á los satélites enviados para prenderle, y cura á aquel á quien uno de sus discipulos habia herido. Llevado sucesivamente delante de los pontífices, del gobernador romano y del tetrarca de Galilea, los sorprende con sus respuestas, y aun mas con su silencio. Espira en fin: el sol se oscurece, la tierra tiembla, el velo del templo se rasga, los muertos resucitan. Hasta en su muerte se muestra Jesus el dueño, el Señor de la naturaleza.

» Unas obras tan estupendas no podian menos de llamar la atencion pública, aunque no hubiesen sido mas que el objeto de una admiracion estéril y pasajera. Pero Jesus no queria solamente herir los ojos y admirar los entendimientos; sus prodigios tenían un objeto mas importante, la fundacion de un culto nuevo que debia suceder á la ley de Moisés, y establecerse en todo el universo sobre las ruinas de la idolatría. Los *milagros*, pues, de Jesucristo, ligados estrechamente á la causa de la religion, interesaban esencialmente á los ministros y á los sectarios de todos los cultos. Además, entre los judíos y aun entre los paganos, el orden público estaba fundado sobre las opiniones y sobre las prácticas religiosas. El estado se hallaba amenazado por unos *milagros* que tendian visiblemente á echar por tierra las sinagogas y los templos. Aun aquellos mismos en quienes el celo de la religion no hubiese excitado un vivo interes, ¿podian ver con ojos indiferentes las consecuencias políticas de la revolucion que anunciaba Jesucristo, y que preparaban sus *milagros*?

» Un segundo carácter de los *milagros* del Evangelio es su publicidad, su notoriedad, su evidencia. No eran de estas maravillas equívocas y momentáneas, que dejan dudar si la vista del espectador ha sido engañada por algunas ilusiones, ó deslumbrada por algunos prestigios. Ni los recursos de la naturaleza, ni la industria humana pueden llegar á conseguir las curaciones súbitas y durables que Jesus obraba con una sola palabra. Unas obras semejantes llevan el sello manifesto de una virtud sobrenatural. ¿Qué serviría escoger entre tantos *milagros* algunos menos estupendos en apariencia y esforzarse en atenuarlos, dando de ellos razones físicas? Es menester explicarlo todo hasta la resurreccion de los muertos, ó bien reconocer por todas partes la mano del Omnipotente.

» A la evidencia, á la brillantez de estas

obras se halla reunida la publicidad de los lugares y de las personas. Los *milagros* del Evangelio no son como esos falsos prodigios que se afecta comparar con ellos, hechos oscuros y clandestinos que se ocultan á la luz del medio dia, y de los que no se cita mas que un pequeño número de testigos confidentes justamente sospechosos. *Neque enim in angulo quidquam horum gestum est. Act.*, xxvi. Jesus hacia brillar su poder en todas las ciudades de la Palestina, en Jerusalem y en las plazas públicas, en el templo, y en la época de aquellas fiestas solemnes que reunian á toda la nacion. Los que experimentaron sus efectos, son designados por su nombre, por su residencia, por su profesion; habitan despues de su curacion en las ciudades y en los pueblos que los han visto enfermos. El doble efecto de su enfermedad y de su curacion repentina es conocido de sus parientes, de sus vecinos, de todos sus compatriotas. Su sola paciencia recuerda á todo un pueblo el prodigio á que ellos deben la salud; se corria de todas partes para ver á Lázaro resucitado, y los jefes de la sinagoga trataban de hacerle perecer, *porque era causa de que un gran número de judíos creyesen en Jesus.*

» II. Considerados en sí mismos los *milagros* del Evangelio no presentan nada que suscite, ó mas bien nada que no rechaze la sospecha de fraude ó de ilusion; acabo de hacérselo ver. Mas si estudiáis las circunstancias que los acompañan, y particularmente la disposicion de los ánimos, no vereis en ellos mas que obstáculos de que solo la verdad podia triunfar.

» Jesus cuenta por enemigos á todo lo que habia entre los judíos de mas poderoso é ilustrado. Los sacerdotes y los escribas, los fariseos y los saduceos, suspendiendo su animosidad inveterada, se reúnen todos contra un hombre que les echa en cara altamente sus vicios y sus errores, y cuya doctrina ataca abiertamente el orden de las cosas á que deben su fortuna y su consideracion. Ellos no ignoran los prodigios reales ó supuestos sobre que Jesus funda su autoridad. Muchas veces ellos mismos son testigos de todo, y ven la impresion que hacen sobre el pueblo. Ved aquí, dicen, que todo el mundo le sigue: *Ecce mundus totus post eum abiit*: no se les oculta el peligro que les amenaza, si su adversario á favor de sus *milagros* se hace reconocer por el Hijo de Dios. El odio, la envidia, su interes de acuerdo con el de la religion, todo les prescribe poner en evidencia la impostura de éstos *milagros*. Toda la

fuerza pública está en sus manos; les es fácil probar el fraude por medio de informaciones jurídicas. Los testigos no faltan, aun entre sus partidarios; ¿y quién duda que entre los discípulos del Taumaturgo no se hallen algunos á quienes el temor del suplicio, la esperanza de alguna recompensa, el remordimiento y el despiques solo arrancase confesiones decisivas?

» Unos milagros tan públicos, si hubiesen sido el producto del artificio ó el efecto de la ilusión, no hubieran resistido un exámen legal dirigido por hombres poderosos y altamente interesados en descubrir la impostura. Si parecia demasiado difícil impugnarlos todos, bastaba refutar uno solo para adquirir el derecho de juzgar falsos todos los demás. Ningun otro motivo mas que su propia convicción, y el temor de dar á estos milagros odiosos mayor autenticidad, podia impedir á los jefes y á la sinagoga el someterlos á un exámen jurídico. Nosotros estamos bien seguros de que ellos no han hecho uso de este medio tan fácil para confundir á su enemigo y para desangañar la multitud, ó que á lo menos le han empleado sin resultado, puesto que en lugar de apagarse la fe en Jesucristo y en sus prodigios, no ha cesado de esparcirse y fortificarse de dia en dia.

» Sin embargo, yo hallo dos ocasiones notables en que los jefes de la sinagoga empiezan una informacion; bien pronto se ven obligados á suspenderla, porque los cubre de confusion; dieron lugar á ella un ciego de nacimiento á quien Jesus habia dado la vista, y un cojo curado por los apóstoles á la puerta del templo: estos dos hechos son referidos con todas las circunstancias en el *Evangelio de S. Juan*, ix, y en los *Hechos de los Apóstoles*, iii. Seria demasiado largo el referirlos por entero, y no es posible compendiarlos sin despojar á la narracion del carácter inimitable de candor y de sencillez que lleva la persuasion al alma del lector. Tomad en la mano el nuevo Testamento, leed atentamente los dos lugares indicados, y reconoced por vosotros mismos en toda la conducta de los jefes de la sinagoga este embarazo, estos temores, estas tergiversaciones que descubren evidentemente la mala fe. Ved cómo todos sus esfuerzos no sirven mas que para confirmar con nuevas pruebas los hechos que habian intentado destruir.

» Pero nada demuestra mas palpablemente la impotencia en que se hallaban los enemigos de Jesus de contradecir y de refutar sus milagros como el proceso monstruoso que preparó su suplicio. No pudiendo ellos mis-

mos condenarle á una pena capital, porque los romanos les habian despojado del derecho de vida y muerte, se constituyen en acusadores suyos ante el gobernador de la Judea, le denuncian como rebelde, y no como impostor, le acusan de haber sublevado la nacion contra el César, y no de haber seducido al pueblo con falsos prodigios. No presentan testigos que depongan contra sus pretendidos milagros; ni el hijo de la viuda de Naim, ni la hija de Jairo, ni Lázaro, ni el ciego de nacimiento, ni tantos otros que publicaban altamente sus beneficios y su poder, son puestos en juicio, y perseguidos como cómplices de una supercheria sacrilega. Todas las acusaciones se dirigen contra la doctrina y contra los discursos de Jesus; tan constante é inexpugnable era la verdad de sus milagros.

» III. Consideremos ahora el carácter, pesemos la autoridad de los testigos que refieren los milagros de Jesucristo.

» Observaremos, ante todo, que la historia de estos milagros nos ha sido transmitida por ocho autores contemporáneos, casi todos testigos oculares y actores en los hechos que refieren. Esta es una consecuencia evidente de la autenticidad del nuevo Testamento; porque es preciso contar por historiadores de Jesucristo, no solamente los cuatro evangelistas, sino tambien á aquellos de entre los apóstoles de quienes nos restan epistolas, en las que los hechos del Evangelio son expresamente referidos ó manifiestamente supuestos. De estos ocho escritores los cinco, á saber, Mateo, Juan, Pedro, Santiago y Júdeas eran del número de los apóstoles. Habian acompañado á Jesus todo el tiempo que duró su predicacion. Cada uno de ellos podia decir como S. Juan: « Nosotros os atestigüamos y os anunciamos lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos oido con nuestros oidos, y lo que hemos tocado con nuestras manos. » Los evangelistas Marcos y Lucas no eran del colegio apostólico, pero es probable que eran del número de los setenta discípulos; á lo menos no se puede dudar de que fuesen contemporáneos. S. Lucas escribió su propia historia en el libro de los *Hechos apostólicos*; y todos los antiguos PP. han creido que san Marcos habia compuesto su Evangelio por orden y en algun modo bajo el dictado de S. Pedro. En fin, S. Pablo debe ser tambien contado entre los historiadores originales, no solamente porque vivió con los apóstoles y los discípulos, sino porque afirma que Jesus se le apareció despues de su resurreccion, y se declara testigo de una infinidad de hechos necesariamente ligados

con la verdad de los hechos evangélicos.

» Por lo demás, cuando he dicho que la historia de Jesus nos habia sido transmitida por ocho testigos oculares, solo hablaba de aquellos de quienes nos quedan escritos. Se sabe además, y no podrán negarlo los incrédulos, que en aquel mismo tiempo todos los apóstoles y todos los discípulos de Jesus, en número de mas de ochenta, hacian profesion de atestiguar todos los hechos referidos por los autores del nuevo Testamento. Estos son aun otros tantos testigos, cuya deposicion nos es tan conocida, y tiene tanta fuerza, como si hubiese sido consignada en los libros.

» Resulta de aquí una consecuencia importante, á saber: que entre los hechos mas célebres y mas constantes de la antigüedad no hay ninguno tan bien atestigüado como los *milagros* del Evangelio. La historia de Sócrates no tiene por garantes mas que dos de sus discípulos, Platon y Jenofonte. La muerte de César, que se puede proponer como un ejemplo de la certidumbre histórica llevada al mas alto grado, no está apoyada con la declaracion de un número tan grande de contemporáneos. Todo el que ose negar los hechos del Evangelio, no puede evitar la acusacion de parcialidad é inconsecuencia, sino sumergiéndose en todos los absurdos del pirronismo histórico.

» ¿Qué motivo de recusacion alegaréis vosotros contra esta nube de testigos que, ya por escrito, ya de viva voz, nos han transmitido la historia de Jesucristo? ¿Pretendéis que fueron engañados por su Maestro? ¿Direis que se concertaron para engañar al universo?

» La primera suposicion es demasiado insostenible. Cualquiera que sea la idea que forméis de los discípulos de Jesus, no os persuadiréis jamás de que su Maestro haya podido engañarlos acerca de unos hechos cotidianos, tan numerosos y tan patentes. Hombres capaces de semejante ilusión no se encuentran en la naturaleza: la ignorancia, la credulidad, el fanatismo no van tan lejos. Hay en esta suposicion un absurdo tan repugnante, que no es posible detenerse un momento en ella, ni aun para combatirlo; la naturaleza de los hechos la repugna visiblemente; y yo no creo necesario insistir en hacer ver la contradiccion manifiesta que se halla entre el carácter de los apóstoles, tal como seria preciso admitirle en esta hipótesis, y el que resulta de sus escritos, de sus trabajos y de su éxito.

» Pasemos á la segunda suposicion, y veamos si se puede decir con alguna verosimi-

litud que los apóstoles quisieron engañar.

» Trasladados mentalmente al origen del cristianismo, considerad en qué tiempo, en qué lugares, y delante de quién publicaron los apóstoles los milagros de su Maestro. Fué en la época misma en que las cosas acababan de pasar; fué en la ciudad de Jerusalem que habia sido el teatro de los principales sucesos; fué en medio de una multitud innumerable de pretendidos testigos, cuyo silencio solo hubiera bastado para confundirlos. Me parece que convendréis en ello, y en que el tiempo, y los lugares, y las personas eran muy mal escogidos para una impostura.

» Entre los prodigios que anunciaban los apóstoles, hay uno á la verdad, la resurreccion de Jesucristo, del que se dan por festigos exclusivos. Respecto á los demás apelan altamente á la nacion entera, á sus enemigos, á sus perseguidores.

» ¿A sus perseguidores! ¿Mas como unos impostores tan absurdos habian podido hacerse enemigos? ¿Qué podian temer los sacerdotes y los magistrados de Jerusalem de una fábula tan mal urdida? ¿No hubiera sido mas prudente abandonar sus autores á la risa y al desprecio público, que darles alguna importancia persiguiéndolos? Confesad, pues, que la impostura de que se acusa á los apóstoles no se parece á nada de lo que nosotros conocemos en este género.

» Ved quienes son los hombres á los que se acusa. Recordad el carácter moral de los primeros doctores del cristianismo. Considerad la sencillez, la ingenuidad, la noble seguridad de sus discursos y de sus narraciones, la santidad de sus costumbres siempre de acuerdo con la pureza de su doctrina, el valor heroico con que llenaron la mision peligrosa que decian haber recibido del Cielo, su constancia inalterable en los tormentos, el testimonio irrecusable que dan, al tiempo de espirar, á la verdad de la historia que habian enseñado toda su vida. ¿Reconocéis vosotros en estos rasgos tan manifiestos de sinceridad, de prudencia y de virtud á los autores de la impostura mas extravagante y criminal que se puede imaginar?

» Concluyo con una reflexion sobre la historia escrita que los apóstoles y los discípulos nos han dejado de su Maestro. Unos impostores ó romanceros no hubieran dejado, despues de haber concertado su fábula, de reunir en un solo libro los hechos y los puntos de doctrina en que se hubiesen convenido. A falta de la verdad y de la íntima convicción, solo un libro comun podia establecer la uniformidad en su enseñanza; los apóstoles des-

cuidaron esta precaucion. Se dispersan, y cada uno enseña lo que habia visto y oido. Habian llenado ya de su doctrina á la Judea y á las provincias vecinas, cuando se vió aparecer la primera historia de Jesucristo, el Evangelio de S. Mateo. Los otros tres fueron compuestos en tiempos y lugares diferentes, sin que los autores se hubiesen entendido bien entre sí, ó bien con los apóstoles que se contentaban con enseñar de viva voz.

» Si el Evangelio de S. Márcos puede ser considerado como un compendio del de S. Mateo, los de S. Lúcas y S. Juan difieren enteramente, ya por el estilo, ya por la eleccion de los hechos, ya por las circunstancias de los mismos hechos. Esta diversidad llega alguna vez hasta la apariencia de contradiccion, y de esto resultan en la Historia evangélica dificultades que embarazan á los comentadores, las cuales hubieran cuidado de evitar unos escritores falsarios.

» La mentira es circumspecta: si ha de pasar por plumas diferentes, se sujeta á una escrupulosa y servil uniformidad. No hay declaraciones mas unánimes que las de los testigos falsos cuando han podido avistarse. Mas el escritor á quien dirige é inspira la verdad, refiere lo que sabe, sin tener necesidad de informarse de lo que se ha dicho antes de él. No teme ni el ser desmentido, ni la contradiccion. Si en su narracion comparada con las otras se hallan variantes difíciles de conciliar, se sobrepone á estas críticas minuciosas, y encomienda á la verdad misma el cuidado de resolver unas dificultades que no se ha dignado prever.

» IV. Los apóstoles son testigos irrecusables, pues que es cierto por una parte que no han podido ser engañados, y por la otra que no nos han querido engañar. Yo añado que si lo hubiesen querido, no hubieran llegado jamás, no digo á establecer una religion ó á fundar una secta, pero ni siquiera á hacer un solo prosélito.

» Recorred la inmensa historia de los errores y de las supersticiones; buscad en las opiniones populares, en la política, en la seduccion ó en el terror, las diferentes causas á que han debido su establecimiento y sus progresos las falsas religiones, y no hallaréis ninguna que favoreciese la impostura de los apóstoles. La autoridad de las leyes, la fuerza pública, los sentimientos religiosos, las preocupaciones, las pasiones, el interes, todo se sublevaba contra su doctrina: solo los milagros hablaban en su favor. Mas estos mismos milagros, si no hubiesen sido incontestables, ofrecian á sus numerosos y poderosos adver-

sarios un medio seguro y fácil de confundirlos. Se puede disputar sin fin sobre opiniones especulativas; mas si se trata de hechos públicos y recientes, la discusion no puede ser larga ni dudosa. Es ya mucho que en circunstancias tan desfavorables hayan podido los apóstoles hacerse escuchar, sostenidos con la autoridad de los milagros; pero que sin milagros, ó lo que es aun peor, con milagros notoriamente falsos, hubiesen logrado fundar una nueva religion, esto hubiera sido un fenómeno inexplicable, incomprendible, mil veces mas increíble que todos los milagros del cristianismo.

» Nosotros tenemos, pues, para juzgar de los milagros de Jesucristo, una regla de crítica tan cierta como fácil, la opinion de aquellos á quienes los apóstoles los anunciaron. Los testigos estaban presentes y en gran número; los contradictores tenian toda libertad para hablar; todo estaba preparado para la instruccion del proceso. La sentencia dada en esta época, seria un juicio sin apelacion, que nosotros intentaríamos en vano reformar, nosotros que estamos colocados á una distancia tan grande, y á quienes no resta sino una parte de las piezas originales que los primeros jueces tenian á la vista.

» Mas quién nos hará saber el juicio que formaron de los milagros de Jesucristo los contemporáneos de los apóstoles?

» Unos hechos patentes, ruidosos, incontestables y aun subsistentes; unos hechos ligados de tal manera con la verdad de los milagros evangélicos, que es imposible asignarles otra causa.

» Nosotros estamos ciertos, por los testimonios reunidos de la Historia eclesiástica y de la historia profana, que por todas partes donde los apóstoles enseñaron, se formaron Iglesias numerosas. La primera es la de Jerusalem, que comienza cincuenta y tres dias despues de la muerte de Jesucristo. Muy luego se establece la fe en Samaria, en Damasco, en Lida, en Jopé, en Cesarea y en Antioquia, en donde los discípulos de la nueva religion empiezan á ser designados con el nombre de su Maestro. De la Palestina y de la Siria, pasan los apóstoles al Asia menor, á la Grecia, á la Macedonia; penetran en Italia, y allí echan los fundamentos de esta Iglesia principal, como la llama S. Ireneo, de la cual dependerán todas las demás, y la que hará de Roma la capital del mundo, aun despues de la destruccion de su imperio. Primer hecho constante y reconocido por los mismos incrédulos.

» En todas estas Iglesias se hacia alta-

mente profesion de creer los milagros que los apóstoles habian atestiguado de viva voz ó por escrito. Hé aqui un segundo hecho no menos averiguado que el primero, y cuya demostracion, si alguno se atreviese á negar, se hallaria en todas las Epístolas del nuevo Testamento.

» Otro hecho, que es la consecuencia evidente de los otros dos, es que los primeros fieles no abrazaron el cristianismo sino bajo la autoridad de los milagros atribuidos á Jesucristo.

» Así, en los lugares, en los tiempos en que Jesucristo vivió, y cuando Jerusalem podia contar con tantos testigos de sus obras como habitantes, millares de personas de todas condiciones se mostraron de tal modo convencidas de la realidad de sus milagros, que abandonaron su religion para declararse sus discípulos. En cuanto á los fieles de las otras Iglesias, es verdad que no fueron testigos de los milagros de Jesucristo, pero les fué probada su verdad por los de los apóstoles; y nosotros debemos colocarlos entre aquellos que no se convirtieron sino por la autoridad de los milagros.

» Ninguna esperanza temporal, ningun atractivo, ninguna seduccion podia entonces dar prosélitos al cristianismo. Los apóstoles, á ejemplo de su Maestro, no prometian mas que cruces y aflicciones, y no disimulaban á sus neófitos, que si fundasen todas sus esperanzas en este mundo, debian mirarse como los hombres mas desgraciados. ¿Qué grado, pues, de conviccion no era menester para determinar á los primeros fieles al sacrificio de todas sus preocupaciones, de todos sus intereses? ¿Qué atencion no debieron ellos poner en el exámen de estos milagros que decidian de su suerte, para la vida presente y para la futura? No fué el amor de la novedad, ni un ciego entusiasmo, el que trasformó en cristianos celosos á tantos judíos y paganos, apegados supersticiosamente hasta entonces á la religion de sus padres: fué la autoridad, la evidencia de los milagros de Jesucristo. Cada uno de estos primeros fieles, por el solo hecho de su conversion, viene á ser un nuevo testigo.

» V. En vano se opondrá á la fe de estos judíos convertidos la incredulidad del resto de la nacion. Esta incredulidad no ha tenido por motivo la falsedad reconocida de los milagros del Evangelio.

» Los escribas, los sacerdotes, los fariseos, enemigos de Jesus, no negaron nunca sus milagros, ¿qué digo yo? los reconocieron expresamente, y confesando la verdad de los hechos, se esfuerzan en debilitar su autoridad y eludir sus consecuencias. Unas veces

atribuyen estas obras maravillosas al poder del principe de los demonios; otras acusan á Jesus de violar la ley curando los enfermos el dia del sábado; otras, en fin, se ven obligados á confesar su vergüenza y su impotencia. « Los pontífices y los fariseos se reunieron, pues, y decian: ¿Qué hacemos? Este hombre hace muchos milagros: si le dejamos, todos creerán en él. » *Joan., c. 11.* Ellos ordenaron á Pedro y á Juan que saliesen de la sala del consejo y deliberaban entre sí, diciendo: ¿Qué haremos á estos hombres? El milagro que han obrado es conocido de todos los habitantes de Jerusalem: el hecho es manifiesto, y no podemos negarlo. » *Manifestum est, et non possumus negare. Act., iv.*

» La traicion de Júdas ofrecia á la sinagoga una ocasion muy favorable para confundir la impostura y desengañar á la multitud. Nada era mas precioso que la deposicion y las confesiones de un cómplice, nada era mas propio para motivar la condenacion de Jesus. Mas, ó bien los jefes de la sinagoga comprendieron que era inútil interrogar á Júdas, ó bien las respuestas de este miserable no suministraron ningun medio de conviccion. Él no aparece en toda la serie del proceso. Todo lo que sabemos de él despues de su traicion, es que pereció de la muerte mas funesta, hecho presa de los remordimientos y de la desesperacion.

» Acaso estos detalles os parecerán sospechosos, porque no los tenemos mas que de los discípulos de Jesus. ¿Pero qué! ¿exigireis por ventura que los fariseos se hubiesen tomado el cuidado de trasmitir á la posteridad unos hechos que ponian de manifiesto su injusticia y su mala fe? Olvidemos por un momento el carácter de los apóstoles y de su veracidad; no consultemos mas que la verosimilitud, ella está toda en favor de su narracion.

» En primer lugar, por lo que hace á la muerte de Júdas, la refieren como un hecho conocido en toda la ciudad de Jerusalem: *Notum factum est omnibus habitantibus Jerusalem.* Su arrepentimiento está atestiguado por el nombre del campo que los sacerdotes compraron con el dinero que él les habia devuelto: se le llamó *Haceldama*, el Campo de la Sangre. Nosotros tenemos por garantes de esta historia, no solamente á S. Mateo y al autor del libro de los *Hechos*, sino tambien al apóstol S. Pedro, en un discurso pronunciado cuarenta dias despues de la muerte de Júdas en presencia de ciento veinte personas, que todas habian conocido al traidor, y no podian ignorar de qué manera habia acabado.

» Por lo que hace á las confesiones de los